

PEROTE

Federico Patán

Estamos en 1987, los primeros días de enero, un tanto fríos y, para mí, con las huellas últimas de una gripa fuertísima que estropeó la mayor parte de las vacaciones. Ando asomándome al crío que fui hace cuarenta y pico de años justo cuando, a unos meses, me aguarda el medio siglo. Curiosa situación. El escribir de la infancia no me entristece y, al menos hasta el momento, tampoco me sofoca la edad que tan puntualmente se acerca. Quizá los muchos proyectos por ahí anotados impiden atribularse con el envejecer inevitable: ideas para dos novelas, una veintena de cuentos, otros tantos ensayos. Aunque de pronto eso que llamamos inspiración caducara, tres o cuatro años sí los lleno, y sobradamente, con lo guardado en las libretas de apuntes. No eran éstas mis inquietudes aquella mañana (¿1942?) en el nuevo domicilio. Me poseía una inocencia absoluta respecto al futuro. Voy más allá: el futuro no existía y, por lo mismo, no importaba. Importaba, y mucho, lo que hacían Consuelo, mi madre y algunas sirvientas.

Jaime García había adquirido la concesión del restaurante donde paraban los autobuses ADO que cubrían el trayecto de la capital a Veracruz. Aquella mañana era de limpieza y acomodo. Para algunas españolas limpiar significa sacarlo todo de su lugar y refregar cada centímetro cuadrado de suelos y paredes, perseguir con saña cualquier mancha insignificante y dejar el sitio plenamente respirable. Hecho esto, la mujer se coloca en medio de su reino, mira en rededor y muy poco a poco le aparece una sonrisa de triunfo en los labios resecos y agotados. Justo en ese momento abre las fronteras al varón, que avanza sin interesarse en lo ocurrido, para limitarse a preguntar: "¿Ya está la comida, Pepa (o Encarnación, o Mayte, o etc.)?" Un silencio de congoja o de furia brota en la cónyuge.

Hubo una refugiada cuyo rostro y nombre he perdido en el ayer. Conservo, sin embargo, clara memoria de su departamento, situado en la esquina de Reforma con alguna otra calle, en la colonia Cuauhtémoc. Hemos venido de Perote en vacaciones, y hacemos visita de cortesía a la señora en cuestión. Abre la puerta, supongo que saluda y pide, en el mismo golpe de voz, un cuidadoso restregamiento de zapatos en la esterilla de la entrada. Desde mi breve estatura observo un inacabable piso de madera pulidísima y abrigada hasta lo imposible. Da miedo el adentrar los pies por aquel conjunto de reflejos, sobre todo porque la castellana vigila con extrema severidad la intención tal vez aviesa de nuestros movimientos. De alguna manera llegamos a la sala impoluta sin vernos merecedores de un regaño expresado como broma. Los adultos se dedican a sus pláticas incomprensibles. Decido aburrirme y lo consigo con experta disposición.

De pronto es hora de pipí. Tal vez el fastidio promueva en parte aquella necesidad fisiológica. Informo de ella con aire sin duda tímido. Mamá comienza a preparar con renuencia la ida al retrete, pero la anónima castellana se interpone: "Deja, que yo lo llevo", habrá dicho. Cauteloso, le entregó la mano a la desconocida, quien me guía hasta el cuarto de baño, fácil de imaginar como el sueño cumplido de algún religioso calvinista. Recibo instrucciones detalladas: he de dirigir el chorro de tal manera, que no caiga sobre las paredes internas de la taza y vaya a salpicar los alrededores; deberá acertar, el chorro, al agua del fondo, de modo que ésta absorba el golpe y neutralice la posibilidad de cualquier rebote indebido. Créanme que no exagero; incluso quedo corto respecto a los consejos recibidos. Toda una lección de pipilología, ciencia inventada por la doña justo en aquel instante. La necesidad fisiológica titubea, pierde fuerza, mengua crecientemente, desaparece y allí queda mi pequeña herramienta en estado de coma. Una voz seca insiste en que el viaje al cuarto de baño dé algún fruto;



insiste una vez más, próxima al regaño, y luego ordena con severidad que regresemos a la sala. Obedezco feliz. No tardan mis padres en saber lo ocurrido, y con puntual obediencia regañan a su crío por andar desperdiciando el tiempo de los adultos. Entonces la voz castellana dice, condescendiente: "Pero no importa, si es un niño." Dedicó el resto de la visita a odiarla, y algún consuelo saco de aquello.

En este mundo todo acaba por terminar, incluso las conversaciones de los adultos. Ya estamos en la calle, camino de Reforma y a la busca de un taxi. Con precisión absoluta el cuerpo vuelve a la necesidad de hacer pipí. Informo a los mayores. Invento hoy comentarios de los maduros a la incoherencia de toda conducta infantil. Pero hay permiso de acercarme a un árbol y liberar la presión, sin preocupación ninguna por la dirección del chorro y los peligros de asperjar los alrededores e incluso salpicarme las piernas, que aún estábamos en mis épocas de pantalón corto. Así, con esta libertad, la vida vale mucho la pena. Según relato de mi madre, aquella española de la limpieza obsesiva mostraba igual actitud ante cualquier visitante, y tuvo un choque de frente con Jaime García, hombre de gran ternura interior, pero de ninguna manera suave de trato. Resultado del encuentro fueron tres o cuatro palabras fuertes, a la española, contra la excesiva señora, un portazo complementador de los adjetivos y la ruptura de la amistad. Desde este presente en el que escribo mando a Jaime un aplauso, pues me ha hecho gozar vicariamente y a destiempo de una merecida venganza.

Curioso este afán de limpieza. Tuvo Carmen, mi esposa, una vecina en la Lindavista afectada por ese virus terrible. En este caso, se reflejaba en el capricho –o quizá la compulsión– de tener la cocina más aseada del mundo; por tanto, acumulaba un lavado sobre otro con vigor tal, que de seguro aquel piso, aquellas paredes y los muebles aquellos se iban gastando a mayor velocidad que la normal. Todas estas señoras, desde luego, extraían un granito de felicidad, y alguno de orgullo, de los resultados obtenidos. Lo lamentable es que cierta felicidad y cierta satisfacción penden de esas labores. No es mi madre ajena a la tendencia descrita. Hacia 1958 le tomé una fotografía. Vivíamos en 5 de febrero, en pleno centro. ¿Qué vemos en la instantánea? Una estufa desarmada y el cuerpo de mi madre a medias, pues la parte superior desaparece en los interiores del mueble. Se diría un mecánico en proceso de ser engullido por el cofre del auto. Exagero, claro, y tal vez mucho. Pero tiene mi madre arranques de limpieza que son de poner la casa patas arriba. Deduzco una explicación, sin duda simplista: con ese tipo de quehacer equilibran algunas personas frustraciones interiores. Y con esa psicología de párvulos ya resolviste el mundo, me dice Carmen llena de razón. Sin embargo, alguna picazón espiritual debe explicar necesariamente tal rasgado de la mugre, pienso, reacio como me siento a no tener la razón.

La limpieza, pues. Volvamos a la iniciada aquella mañana de ¿1942? Estaban, como apunté, Consuelo, mi madre y varias sirvientas alrededor de un mostrador de madera, pintado de café oscuro. Con herramientas diversas escarbaban, tundían, levantaban, pulían y fregaban. La mugre y la basura –antiquísimas, osificadas, refractarias a la acción invasora– aparecían por todos sitios, sabiéndose en peligro de muerte y dispuestas a cualquier batalla por la supervivencia. Ilusas. ¿Contra tanta mujer decidida a la victoria? Sucios fueron los dueños anteriores, porque aquel mostrador guardaba en sus estantes y entre la barriga y el suelo desperdicios suficientes para ocuparnos una semana. Y digo ocuparnos porque revoloteaba yo alrededor del coro femenino haciendo como que hacía, y tal vez incluso ayudando un poquito. Al menos, recuerdo haberme sentido importante y solitario. De pronto, tras un maravilloso impulso de la escoba, el mostrador da a luz un saxofón pequeño, color plata y con llaves de imita-



ción. Tiene boquilla y una cómoda sucesión de hoyos a lo largo del cuerpo. Me hago de él sin tardanza y quiero ya, de inmediato, sacarle alguna melodía. La voluntad materna decide que primero viene un aseo cuidadoso del instrumento. En la pileta donde se acumula el agua para el lavado de la ropa, mamá elimina contaminaciones y me entrega luego el juguete, acaso pensando que por fin van a deshacerse del empeñoso ayudante.

Fue un error táctico de los mayores. Busco rincón propicio en los alrededores del grupo sanitario y empiezo a explorar los secretos del saxofón. Niño al fin, perduto en mis empeños más allá de lo soportable y en no sé qué momento viene la orden perentoria de callar o irme. Supongo que me habré ido, ahora sí que con la música a otra parte. Aquel instrumento de maravilla salió de mi vida tan misteriosamente como había entrado: de pronto ya no existía. Algún oído atormentado hizo que alguna mano furtiva restableciera la paz en el mundo diminuto de mis alrededores. En cuanto a otros instrumentos, vinieron más tarde, y ninguno dominé al grado de sacarle buenas melodías. Mi mayor aproximación al triunfo se dio con las armónicas, como será de contar en su momento.

Hay en mí memorias claras y abundantes de aquella época. El restaurante estaba en una amplia casa de planta única, con tres patios sucesivos en la parte de atrás. Había en el primero de éstos los retretes para los viajeros, la pileta donde lavar ropa y, al fondo mismo, un fogón de ladrillo para hacer carnitas y chicharrón; en el segundo estaban, si mal no recuerdo, un par de cuartos: allí se preparaban los embutidos, cuya introducción en Perote se debió a la industria y empeño de los exiliados españoles. Al combustible estaba dedicado el patio tercero, lleno de aventuras porque los montones de leña creaban pasillos, cavidades, recesos y lugares secretos, propios a la inventiva de un pequeñajo como yo. Desde la carretera, a la derecha, y a todo lo largo de la casa, corría una cerca de madera no demasiado alta. Un campo en barbecho se tendía del otro lado, inmenso y dueño de un tesoro inapreciable: la caja carcomida de un antiguo carruaje de tiro, volcado sobre un costado y ya sin los asientos. Pero bastaba. Recuerdo nuestro hormigueo de niños por sus alrededores, las entradas y salidas inacabables por la pared sin puerta que miraba al cielo. Fuimos allí caballeros de capa y espada al rescate de damas dolorosas y dolidas, en clara imitación de actos admirados en el cine. Una compañera de escuela, Marta, fue en algunas ocasiones reina cuyas órdenes simulábamos obedecer. Al grito de mi madre anunciando la comida, venía la dispersión precipitada. Debí de ser todo esto en periodo de vacaciones.

Ese terreno lo roturaron cierta vez dos campesinos. Uno guiaba el arado, del que tiraba una pareja de bueyes, y del otro olvidé ya la tarea que cumplía. ¿Cómo fui a estar allí en ese momento? Quién lo sabe. Pero allí estaba, y a mi lado algún amigo. Sentados en la tierra, la espalda contra la cerca de madera, observábamos llenos de curiosidad el proceso de labrado. Tal vez lo correcto sea decir que observaba yo con enorme curiosidad aquel trabajo, para mí nuevo y sumamente misterioso. El campesino del arado entró en plática conmigo, iniciando la conversación mediante un "Güerito" que pronto me vino de casi toda la gente, para crecer más tarde en "Güero" y desaparecer cuando entré en plena juventud. Establecía, tal término, diferencias de origen, según entiendo; nunca me lo aplicaron sino personas muy contrastadas con mi tipo de apariencia. En el callejón Dos de abril me lo lanzó una prostituta bastante desagradable en razón no sólo de su gordura, sino del tipo de obesidad que padecía. Me invitaba a pasar de la llovizna a un cuarto de hotel donde, tal era la promesa, un sinfín de extraños placeres aguardaba, placeres conocidos de oídas, en nebulosas explicaciones dadas por los amigos, leídos en ciertas novelas o entrevistados en algunos filmes del entonces llamado cine Río. Mis quince años, muy cubiertos ya por el velo de una timidez enfermiza, dictaron la conducta que seguí: hacerme el sordo. Ofendida al parecer, la mujer aquella acumuló sobre mi persona varias majaderías, no faltando algunos sacudimientos a la figura materna. Escuché risas, de hombre y femeninas. Aún las había cuando di vuelta en la avenida Hidalgo, camino de la Lotería Nacional, cerca de la cual estaba la secundaria donde cumplí mi tercer año de ese ciclo. El episodio, con los cambios pertinentes que la novela exigía, entró en *Último exilio*.

Güerito, pues. El campesino quería saber si me gustaba cantar. Si, le contesté. Preguntó por las canciones que eran de mi conocencia. *Barrilito cervicero*, claro; y aquella otra de "en un bosque de la China". La primera fue de las oídas por mis padres a poco de desembarcar en Veracruz, según relata mi madre. Yo la escuchaba muy a menudo al otro lado de la carretera, en la sinfonola de una miscelánea situada frente al restaurante. Con asombro oí decir al campesino que aquellas canciones no servían. Pero



entonces, ¿cuáles sirven? *El barzón*, por supuesto. Quedo abrumado ante la noticia. Además, ¿barzón? ¿Qué será? El campesino pasa con la yunta cerca de mí, camino al extremo sur del campo. Si quieres te la canto, pero me das dinero. Y ahí estoy de bocón, a saber por cuáles razones: prometo un veinte. Al campesino que viene atrás le brota una sonrisa: ¿gusto?, ¿burla?, ¿incredulidad? El amigo anónimo, en cuanto se alejan un tanto los dos hombres, recrimina mi promesa y pregunta si tengo la moneda comprometida. Pues no. ¿Y entonces? El campesino ya está cumpliendo. Aún anda con la canción en la boca cuando vuelve a pasar frente a nosotros. Termina en llegando a la punta norte del surco, la pareja de bueyes acomodándose ya para el regreso. Pícale. Sigo el ejemplo del amigo y salto la cerca de madera. Desaparecemos en las entrañas del restaurante. Por muchos días evito asomarme al dichoso campo, y todo campesino que pasa por la calle me parece el de la yunta.

Pero era un trozo de mundo maravilloso. En uno de sus extremos tenía un plantío de cactus, casi todos biznagas. Pronto me enseñaron a comer una especie de ajillos dulces que les ocupaban la parte superior. Los agotábamos pronto, y entonces por un tiempo perdíamos memoria de aquel rumbo. ¿Cuándo vine a descubrir que de la biznaga salía el acitrón? Quién sabe. Ya ciudadano del barrio de Santa Julia (hacia 1948), los compañeros de pandilla me enseñaron a identificar —en el Plan Sexenal— cierta planta diminuta cuya raíz, limpia de tierra, cedía a la boca un sabor agrí dulce muy placentero. Encontrábamos la matita en lugares húmedos, y terminé siendo bastante experto en hallarla. Puesto que de estos asuntos es la plática, viene a cuento una broma que sufrí de pequeño. Quizá en razón de que Perote era población reducida de tamaño, siempre tuve libertad de moverme por ella sin frenos excesivos. Así, andaba lejos del restaurante en compañía de algún conocido. De pronto me preguntó si había comido ya gusanos de maguey. Desde luego, no. Ni idea de qué pudiera ser aquello. Pues un antojito delicioso, y sin más mi acompañante aquel levantó del suelo un trozo de hueso con hebras de carne ya malolientes. Anda, come. Lo miré con una desconfianza tal, que optó por mostrarse ofendido ante mi actitud. La nariz seguía aconsejándome el rechazo. Volví a mirarlo, aunque ahora dubitativo. Pruébalo, hombre, que es muy sabroso. Y entonces alguien dijo por allí cerca: “Órale, muchacho cabrón, ¿a quién quiere engañar?”, y mi anónimo cuate salió en veloz carrera, asustado. “Y usted, ¿de dónde tan pendejo? Ándele con su mamá, pues, y enséñese a menos tarugo.” Era un tlachiquero, que venía arreando con calma su cargadísimo burro. Me fui alejando con lentitud, muino por el engaño. Pasé al lado del amigo sin hablarle. Relá con entusiasmo lo que consideraba una broma estupenda. Emparejó su andar al mío. Yo, terco en negarle la plática. Le tomó su buen trozo de camino el contentarme, pero llegamos al restaurante como si nada hubiera sucedido. Ahí nos vemos, pues. Claro, ahí nos vemos.

En general, soy persona difícil de engañar. El puro miedo al ridículo me hace bastante cauto. Cuando alguien me tima —porque termina ocurriendo tarde o temprano, bien porque ganaron mi confianza, bien porque no hubo razón para la duda—, lo incluyo en una lista negra y procuro no tener ya compromisos con él. En esto, soy bastante rencoroso. Y no que evite hablarle, excepto cuando su acción fue dolosa en demasía; meramente sigo el trato cotidiano, pero sin aceptar coactividades. Claro, hay situaciones de lo más variado. Allá por el 54 fui obrero en la fábrica textil *La Carolina*. Trabajando en la máquina que se llamaba la “estufa”, donde se procesaban telas de color negro, vino en cierta ocasión el encargado de la secadora que teníamos al lado. Nos enseñó una bola blanca: queso traído de provincia por un familiar. Con su navaja cortó una raspadita. Pruébalo. Pues a la boca con ella. Era jabón. Miré al engañador y dije, muy serio: Está sabrosísimo. Sin más, mi jefe de máquina pidió un trocito. A la boca con él. Lo escupió con toda la celeridad del mundo. Ahora sí, pensé, a ver cómo sales de ésta. “Qué cabrón eres”, dijo el jefe. Pero había admiración en el comentario. Nada pasó. Curiosidad psicológica: quisieron embromarme y terminé engañando con base en la trampa puesta para mí. Esa capacidad de invertir las condiciones del juego me volvió, al menos por ese día, “un chingón” merecedor de alabanzas. Era yo estudiante de secundaria, lo cual me marginaba de una integración plena con el grupo de obreros, pero el detalle del supuesto queso permitió que por una ocasión me vieran como totalmente igual a ellos.

Sin embargo, volvamos al terreno vecino del restaurante, para agotarle las anécdotas que de él recuerdo. Hubo necesidad de una fosa séptica. Por alguna razón, la abrieron en dicho terreno, a varios metros del edificio donde vivíamos. Al segundo día, el hoyo estaba muy profundo: unos dos metros. Era, asimismo, amplio a lo largo



y a lo ancho. Trabajaban en él un par de peones. Me acerco, observo con gran curiosidad, me acuclillo, me siento enseguida, las piernas colgando dentro de la excavación. Hay una ojeada al sesgo en mi dirección. Trabajan sin hablarse, cada uno en un extremo del rectángulo. Otra miradita más intencionada en mi dirección. "Entonces qué, güerito, ¿quieres chambear?" Acepto de inmediato y encantado. Uno de ellos tiende los brazos hacia arriba y me recibe. Una pala tres palmos más alta que yo, pero la medio muevo con entusiasmo. Me piden que vaya haciendo un montoncito de tierra lodosa en uno de los rincones. Cuando tiene cierta altura, uno de los peones se acerca y con no más de tres movimientos pone el montoncito fuera de la fosa. Mi asombro es enorme. Aquellos hombres parecen capaces de sacudir el mundo. Véase entonces que fui teniendo unos primeros años de infancia unidos al trabajo manual. Como espectador, claro, debido a mi edad escasa. Pero tal experiencia fue muy provechosa: aprendí a respetar ese tipo de actividades, respeto que me ha acompañado a lo largo de la vida. En Perote vi matar reses, cochinos y pollos; fabricar embutidos; cocinar chicharrón y carnitas; hacer leña; arar la tierra, sembrarla y recoger la cosecha; construir casas; montar los juegos de una feria; asistir a la descarga de camiones en el mercado; observar la toma de agua por parte de los trenes, en la lejana estación; el tráfico del restaurante cuando llegaba un autobús del ADO. En todo parecía estar yo y todo era motivo de entusiasmo. Más tarde, ya capitalino, comencé a trabajar desde los doce años, para ayudar a la debilitada economía doméstica. Conocí entonces lo que significaba ganar dinero con el esfuerzo físico, y el respeto por campesinos y obreros aumentó, aunque también, reconozcámoslo, la decisión de irme al campo intelectual. No, insistamos, por desprecio a lo manual, sino por inclinaciones o gustos que comentaré cuando les llegue el momento.

Hoy (enero de 1988) pulen y barnizan el parqué de mi condominio. Un hombre achinado, con cincuenta años en el oficio, y un muchacho de veinte que lo aprende. Una vez más surge el respeto, porque las manos del artesano van creando, al parecer sin esfuerzo, una superficie pulida con esmero. Preparan el barniz con algo próximo al amor, pues la brocha sube sobre el bote y en él deja caer el chorro amarillento de líquido, mientras el maestro lo juzga con mirada sabia y explica al discípulo cosas que por la distancia no me llegan al oído. Luego, el joven tiende la película con movimientos acompasados. "La muñeca", insiste el viejo, "hazlo con la muñeca". Una tradición de buen hacer quiere pasar así de una generación a otra, por el método más antiguo posible: la práctica bajo la guía experta de quien cincuenta años antes aprendió de igual manera.

Ese empeño en hacer bien las cosas es lo que provoca mi respeto. Los variados descabros que toda casa sufre debido al uso me han puesto en relación con demasiados seres chambones, cuyo único interés radica en ganarse aceleradamente unos pesos. Electricistas, plomeros, pintores, carpinteros. Llegan, parchan y se van. La lucha del ama de casa contra ellos nunca termina: insistir en los detalles cuando aún anda a medias la reparación; sufrir para que vuelvan cuando dejaron algo mal acabado; verles el gesto de asombro porque se es exigente. Decía Celso Amieva: "Son personas del tente mientras cobro." Justo tal ocurre. Desayunamos y Constanza nos enseña su taza: restos de nata antigua en las paredes. Incluso el lavado de trastes pide inteligencia y buena voluntad. "¿Qué interés van a tener, con lo que ganan?", opina Julio de las sirvientas. Respondo: aceptadas las condiciones del juego por ambas partes, hay que cumplir por ambas partes. Insisto ante mi hijo en que debe existir en el ser humano el orgullo de lo bien hecho. ¿Vas a sacudir y ordenar el librero? Pon tu mejor esfuerzo en ello. ¿Lavas los trastes? Déjalos impecables. A Carmen le gustan los domingos por la mañana porque, entre otras cosas, yo me encargo de cafetera, platos, tazas, etcétera. Quedan muy, pero muy aceptables. Pienso que tal conducta dispone el espíritu para asimismo cumplir tareas de mayor peso. Es, aunque suene pedante, un buen modo de transcurrir por el mundo. De aquí el gusto de ver a un hombre como éste que barniza mi parqué: goza el buen resultado del esfuerzo hecho. Se le nota en el rostro. ◇